

ИСПАНСКИЙ ЯЗЫК

Номинация «Перевод художественной литературы»

Для участия в этой номинации необходимо выполнить перевод стихотворения и отрывка из романа.

Поэзия

Miguel Hernandez (1910 – 1942, España)

Sentado sobre los muertos

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo mantiene.
Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.

Tristes guerras

Tristes guerras
si no es amor la empresa.
Tristes, tristes.
Tristes armas
si no son las palabras.
Tristes, tristes.
Tristes hombres
si no mueren de amores.
Tristes, tristes.

Ignacio del Valle (1971 - , España)

El tiempo de los emperadores extraños. (fragmento) (2006)

—Si aquí ya no importan los vivos, imagínese los muertos.

La frase sin esperanza que le había dirigido meses atrás un oficial retumbó en la cabeza del sargento Espinosa como si hubiera sido pronunciada en el interior de una catedral. Minutos antes, su asombrada orden había hecho que, en un acto reflejo, el grupo de soldados se pusiera en pie cambiando precipitadamente las latas de carne y los cubiertos del condumio por máuseres. Vistos desde lejos sobre la congelada superficie del río Sslavianka, envueltos en sus pesados uniformes de invierno, semejaban un grupo de desorientados pingüinos. Al cabo, sus ojos siguieron la línea imaginaria de la mirada del sargento, y cuando toparon con la causa de su voz, la mayoría adoptaron una actitud de recién despertados, de quien no ha entendido aún los límites entre aquello que están viendo y lo que veían en sueños. En una visión dadaísta, un conjunto de unas veinte cabezas de caballo sobresalía esparcidas sobre el lago helado como un ajedrez monotemático. Las ijadas abiertas, la tensión de sus cuellos, los ojos extraviados, todo indicaba que habían sido capturados por el frío en plena carrera. Pero no era el fantástico cuadro lo que mantenía su atención en suspenso, sino el hombre enterrado en el hielo hasta el torso que se hallaba pegado a una de ellas. El sargento Espinosa se adelantó y fue esquivando en zigzag cabezas equinas hasta quedar a la altura del cuerpo. Hasta ese momento habían utilizado las cabezas como improvisados asientos donde tomar la comida del día, y sólo cuando se levantó la niebla que, como un muro, les venía acompañando desde por la mañana, pudo el sargento descubrir al hombre. Se agachó con dificultad y observó su uniforme y el rostro helado. A continuación, limpió la escarcha de las mangas y comprobó en la izquierda el águila del emblema nacional alemán y en la derecha el distintivo con los colores rojo y gualda y la leyenda «España». El muerto pertenecía a su división, pero su cara no le sonaba. Claro que no resultaba extraño: había más de dieciocho mil que recordar. Cuando dio por concluido su examen, se irguió de nuevo y contempló Rusia, su cielo abovedado por la grisalla, su tierra inmensa y blanca, sin puntos de fuga ni dominantes.

Номинация «Перевод текстов общественно-политической тематики»

Andrés Neuman (1977 - , España)

Como viajar sin ver (fragmento)

Aeropuerto, patria en tránsito

Un día antes de viajar a la Argentina evidente, la geográfica, me encuentro con la Argentina invisible. En la feria del libro de Madrid conozco a seis o siete jóvenes con un acento raro, el habla mixta. Conversamos un rato. Me cuentan historias parecidas a las mías. Escuchándolos, pienso en lo absurdo que resulta dividir a la gente de un país en dentro y fuera. Estos anfibios existen y no le restan nada al mapa de su país de origen. Más bien lo estiran, lo transplantan. Nos despedimos con una rara familiaridad extranjera. Los veo irse uno por uno, hijos y nietos y bisnietos de argentinos caminando despacio, perdidos y encontrándose, imperfectamente madrileños, incompletamente argentinos, patriotas de los azares de la vida, ahí, en mitad del parque del Retiro, en medio de ninguna parte.

En los aeropuertos se emplea una expresión que define perfectamente la experiencia migratoria: estar en tránsito. Así estamos, eso somos mientras viajamos. Seres en tránsito. Justo antes de salir de viaje nuestra mitad sedentaria se aferra a la quietud, mientras nuestra mitad nómada se anticipa al desplazamiento. El choque entre ambas fuerzas nos provoca una sensación de extravío. Cierta división de nuestra presencia. Por eso venero los aeropuertos, catedrales asépticas donde los pasajeros iniciamos la liturgia de cambiar de estado antes de cambiar de lugar. Los aeropuertos son los únicos templos que hemos sabido erigirle al presente. Verdaderos lugares de tránsito terrenal.

Me fascina el efecto introspectivo de estas construcciones que conjugan velocidad y quietud, fortaleza y aire. En ellas la premura de nuestras vidas se topa con una contradicción inviolable. Hemos venido a volar, pero apenas nos movemos. Nos urge desplazarnos, pero el ritmo interior del edificio, sus pautas y sus tiempos nos obligan a esperar. Somos esa paciencia forzada. Un futuro urgente que parece lejano.

Despedirse es un modo de ensayar la muerte, pero también cierta clase de resurrección. Las despedidas en un aeropuerto tienen algo angustiante y a la vez liberador. Nos quedamos sin nada para abordar un posible todo.

Sala de embarque del aeropuerto de Málaga. Una bandada de pájaros ha anidado en las vigas y surca el techo sin cesar. Observo su aleteo a este lado del cristal, mientras al otro lado despegan los aviones. Esos pájaros son como los pasajeros que los miramos: vuelan encerrados en un mundo pequeño. Su hogar es la frontera entre irse y llegar.

Aeropuerto de Barajas, Terminal 4. «Hola, señor, hola», me aborda la muchacha del traje inenarrable y los folletos en la mano, «¿es usted español o extranjero?». No lo sé, le contesto con distraída sinceridad. Ella se aleja ofendida.

De la Gran Recesión a la Gran Desafección

El País JOAQUÍN ESTEFANÍA, 30 DIC 2012

Antes de morir, a principios de los años sesenta, uno de los principales líderes socialistas españoles, Indalecio Prieto, escribió: “No entender políticamente el mundo de la crisis económica y no presentar ante él una política económica coherente fue una de las causas del fracaso de la II República” (Convulsiones de España). Ocho décadas después de aquella experiencia, nuestro país está sufriendo una triple crisis (económica, política, europea), que le podría convertir en un contraejemplo más para otras sociedades cercanas y pasar, en uno de esos vaivenes a los que la historia nos tiene tan acostumbrados, de un extremo al otro: del “milagro español” al fracaso español. Algunos medios de comunicación internacionales de referencia ya han hablado de ello con amplitud durante los últimos meses.

La fase dominante de la crisis es la económica, como corresponde a estos tiempos. Y se manifiesta sobre todo en el factor diferencial de nuestro país respecto a los de nuestro entorno, aquello que más nos separa de ellos: la tasa de paro, que afecta a uno de cada cuatro ciudadanos que quieren trabajar. No los problemas intermedios, el déficit, la deuda, que son más o menos comunes, sino el desempleo. Una tasa de paro insoportable (TPI), como la definiera Joaquín Almunia cuando todavía no era un alto funcionario de la Unión Europea, sino un economista que trabajaba en el PSOE. Según los pronósticos de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económico (OCDE), durante 2013 ese porcentaje podría llegar al 27% de la población activa, más de seis millones de personas. Es oportuno recordar que en el peor momento de la Gran Depresión, en 1933, EE UU no pasó de un 25% de paro.

Las cifras de desempleo son aún más alarmantes si se desagregan: más del 50% de los menores de 25 años están parados, lo que pone en cuestión el futuro; en casi un millón y medio de hogares no entra ni el sueldo del hombre ni el de la mujer (en un modelo en el que, al revés que el nórdico, la familia juega el papel de último colchón contra la exclusión y la pobreza extrema); y todos los meses, decenas de miles de personas abandonan el sistema de protección del seguro de desempleo porque se convierten en parados de una duración superior a los dos años de inactividad y ya no tienen derecho al mismo. No hay más que observar las calles y plazas de nuestras ciudades para reconocer a la cantidad de hombres todavía en edad de trabajar (no ya solo mujeres o jóvenes, segundos o terceros sustentadores de la familia) que deambulan por las mismas sin tener un puesto de trabajo al que ir todos los días.